

do de su Barcelona clásica, de su Grecia catalana y medioeval, y una lejana ciudad tendida sobre una altiplanicie de los Andes: la Santa Fe del Nuevo Reyno de Granada, que él no se conforma con conocer tan sólo a través de las hellas letras.

EDUARDO GUZMÁN ESPONDA,
Ministro de Colombia en el Brasil.

(De *Raza Española*)

Prólogo
al V tomo de las «Obras completas de
don Miguel Antonio Caro»

(FRAGMENTO)

Este volumen contiene los principales opúsculos de don Miguel Antonio Caro sobre filología española.

Aunque todos ellos se dieron a la estampa antes de 1890, y en los treinta y siete años corridos de entonces para acá se han publicado innumerables libros sobre la materia, los trabajos del señor Caro no han envejecido: parecen escritos en nuestros días. Si el autor viviera y personalmente hubiese dirigido esta reimpresión de sus opúsculos, sólo habría tenido que agregar unas pocas noticias de detalle, dejando intacto el cuerpo de la obra.

Esta es sólida porque es científica, y eso se debe a que la inteligencia del autor era esencialmente filosófica. Los hechos escuetos, los hechos no explicados, le producían desazón. El daba y cavaba hasta encontrar la explicación racional, pues sabía que un hecho no explicado es apenas un conocimiento vulgar o empírico, al paso que el hecho racionalmente explicado constituye un conocimiento científico. Su crítica superaguda no

quedaba satisfecha con explicaciones superficiales, de mera apariencia, por más que ellas contasen con la aprobación de los preceptistas. No aceptaba como razón definitiva ni aun el uso clásico, si era visible que éste iba contra la índole o las capacidades expresivas del idioma. Apoyándose en fundamentos racionales, rechazó conceptos de preceptistas como Salvá, Bello, Baralt y la Academia, y censuró frases de escritores como Garcilaso, Granada, Céspedes, Cervantes, Mariana, Góngora, Lope, Valbuena, Jáuregui, Quevedo, Calderón, Feijoo, Isla, Capmany, Carvajal, Moratín, Arriaza, Hermosilla, Torres Amat, Quintana, Gallego, Burgos, Martínez de la Rosa, Angel de Saavedra, Balmes, Ochoa y otros.

No acepta Caro el empirismo en la crítica gramatical: ésta debe apoyarse en *la ciencia*. «Las lenguas vivas son *organismos* que se desenvuelven y crecen conforme a *leyes naturales*», dice él; en *la vida* de las lenguas, lo mismo que en la de los hombres y los pueblos, y en todo orden *biológico*, la verdadera fecundidad no es obra del capricho ni de la arbitrariedad, sino de *la ley*», agrega luégo; «*leyes idiomáticas, razones históricas y principios filológicos*» son a su juicio los verdaderos fundamentos de la crítica gramatical. En materias lingüísticas son visibles los nexos de Caro con la escuela cuyos expositores más conocidos fueron Bopp, Schleicher y Max Müller. Para esta escuela la lingüística es una rama de las ciencias naturales (1).

No son una misma cosa la lingüística y la filología. Esta se basa en aquélla, pues sus conclusiones han de

(1) Para los estudios puramente filológicos, los libros más importantes de estos autores son: *Vergleic hende Gramatik*, de Bopp; *Kompendium der vergleichenden Gramatik*, de Schleicher, y *Lectures on the science of language*, de Max Müller.

ser científicas; pero el filólogo lleva propósitos que trascienden de la ciencia al arte, porque estudia los monumentos literarios, no solamente con el fin de registrar hechos y averiguar leyes, como el lingüista, sino con el objeto de apreciar tales obras artísticamente y de buscar en ellas, entre otras cosas, las maneras de decir más adecuadas, hermosas y expresivas. Caro no era lingüista profesional sino filólogo, como lo fueron Cuervo y Littré. Caro, Cuervo y Littré conocían al dedillo los trabajos de los lingüistas, pero sus propias labores iban encaminadas al examen crítico de las palabras.

La ciencia del lenguaje (llamada también *lingüística, glosología o glotología*) estudia las palabras como estudian los biólogos los animales y las plantas; las observa como hechos y procura hallar las leyes que rigen el nacimiento, la vida y la muerte de ellas, sin inquietarse sino por la exactitud del procedimiento científico y la verdad de las conclusiones. Para el glotólogo no hay sino palabras normales y palabras monstruosas o deformes; ante los exotismos e hibridismos de la lengua culta, frunce las cejas a menudo; y pone todas sus complacencias en el habla popular, que es de regularidad maravillosa, aun en sus aparentes caprichos, porque el vulgo se deja llevar por el instinto del idioma, como se dejan llevar los ríos por la fuerza de gravitación. A la ciencia no le importa que los vocablos sean más o menos precisos, expresivos y musicales. Los lingüistas son sabios, no literatos; los hay que no manejan con habilidad su propio idioma; algunos han escrito en latín, y les ha resultado una prosa que, sea dicho con el mayor respeto, no es exactamente igual a la de Julio César.

Si la crítica gramatical se inspirase únicamente en la ciencia glotológica, habría de declarar intachable toda vez de buena cepa y bien formada. El uso literario no

tendría particular importancia. Cosa distinta le ocurre a la crítica inspirada por la filología: ella le exige a cada vocablo, por regla general, no sólo que sea técnicamente inobjetable, sino que sea inteligible y de recibo en todos los dominios del idioma respectivo. ¿Por qué? Porque en la vida práctica las palabras sirven para cambiar ideas, exactamente como las monedas sirven para cambiar valores. Y así como la moneda de oro, la libra esterlina, por ejemplo, corre en toda la extensión del mundo económico, al paso que la moneda de vellón no corre sino en una región limitada, y le impone a su dueño la necesidad de cambiarla por otras monedas si quiere comprar algo en una región distinta, asimismo las palabras *esterlinas*, es decir, acreditadas por el uso literario, circulan y se entienden en los dominios íntegros de la lengua, al paso que las palabras de vellón, es decir, provinciales, han de ser traducidas fuera de su provincia. La crítica filológica recomienda las voces y expresiones *esterlinas*, por ser ellas las que ligan idiomáticamente a todos los individuos de una misma nación y a todas las naciones de una misma lengua.

Si a un tejo de oro le falta el sello, no es aceptado como libra esterlina, aunque tenga la ley y el peso requeridos; es una simple mercancía. Una palabra por bien formada que esté, no es moneda literaria sino cuando los grandes escritores le imponen su sello y la acreditan y la hacen conocer en todas partes.

Otros servicios prestan los grandes escritores. En primer lugar, ayudan a ensanchar el vocabulario creando palabras propias para expresar ideas que por ser superiores a los conocimientos populares, no pueden ser expresadas en el vocabulario creado por el vulgo. En segundo término, realizan un trabajo de selección dentro del vocabulario existente, pues guiados por el buen

gusto, escogen y acreditan los vocablos más hermosos y expresivos. Sin literatura puede haber dialectos incompletos y versátiles, que se transforman y desaparecen en el curso de pocos años; no puede haber lenguas estables, ricas y flexibles, como las pide la civilización moderna.

De lo anterior podemos sacar varias conclusiones: primera, que es racional la preponderancia que a los monumentos literarios les concede la crítica filológica, porque en ellos se encuentran las palabras *esterlinas*, llamadas *puras* o *castizas* por los preceptistas; segunda, que la crítica procede racionalmente al excluir del vocabulario autorizado todos los provincialismos, aun los bien formados, porque ellos son moneda de vellón, circulan en una área limitada y no responden adecuadamente a las necesidades del comercio intelectual; y tercera, que la unidad de la lengua sólo se conserva mediante el empleo en lo escrito de voces *esterlinas* y mediante el rechazo de los vocablos de vellón o provincialismos, que apenas tienen valor dialectal y restringido.

Veamos ahora si la unidad del idioma es cosa que valga la pena o si es simple chifladura de eruditos desorientados, extraños a las premiosas necesidades de la hora en que les ha tocado vivir, como suele decirse. Interroguemos con ese fin, no al gremio de los eruditos, sino al gremio que está hoy en el candelero, y recibe todos los sufragios, y está empeñado en civilizar al mundo. Indaguemos la opinión de los políticos y hombres de estado.

Quien conozca un poco la historia contemporánea sabe que los estados más poderosos hacen esfuerzos colosales, gastan millones sin tasa ni medida y aun ejecutan actos de reprensible tiranía, con el propósito de

darle preponderancia a la lengua nacional sobre los dialectos. Para ello se valen principalmente de las escuelas públicas. Si el lector considera cuántas horas emplean los maestros diariamente en enseñarles a los muchachos a entender, pronunciar, leer, hablar y escribir correctamente la lengua nacional; y si considera que, por ser esa lengua la única usada en las escuelas y por estar escritos en ella los textos escolares, los alumnos en realidad están aprendiendo el idioma aun en las horas destinadas a otras disciplinas, llegará prontamente a la conclusión de que las escuelas gastan la mayor parte del tiempo en el cultivo del idioma patrio. A la misma conclusión se llega si se tiene en cuenta, no ya la inversión del tiempo, sino el resultado de los estudios, pues en la escuela casi no aprenden los alumnos sino a manejar menos mal la lengua que se les enseña. De allí salen más ladinos; lo demás es *quantité négligeable*.

Piense ahora el lector cuántos millones de millones han gastado en escuelas públicas el Viejo Mundo y el Nuevo durante los cien años últimos; tome de ahí la cuota que a su juicio corresponda a la enseñanza de los idiomas nacionales, y hallará de fijo una cantidad ante la cual han de parecer chicas las invertidas en el canal de Suez, el Canal de Panamá y las flotas mercantes y de guerra. Aquella cantidad dice en cuánto han avaluado los estadistas la unidad de lenguaje, sólo como instrumento de gobierno y prescindiendo, como suelen ellos prescindir, de consideraciones aún más valiosas.

No se trata de saber si ellos han obrado bien o han obrado mal en eso; lo importante es averiguar por qué han obrado así; y el por qué no se oculta: la unidad de lenguaje les da a los ciudadanos la homogeneidad necesaria para que la influencia del poder central se extienda a todas las provincias. La aplicación de las leyes,

la organización de las oficinas, la provisión de empleos, la recaudación de impuestos, la vigilancia necesaria para conservar el orden y aun la inteligencia entre gobernantes y gobernados, serían puntos menos que imposibles en un país semejante a la torre de Babel.

Y esta ha sido idea de todos los tiempos: Roma se valió del ejército para conquistar el mundo conocido entonces; pero no del ejército, sino de la lengua latina, tuvo que valerse para convertir en provincias romanas los territorios conquistados. Más aún, esa idea visita a cuantos se hallan en el caso de dirigir una gran masa humana: los gobiernos de Europa tuvieron un día de estupor al saber que la Internacional iba a adoptar el esperanto como medio de comunicación entre todos los centros revolucionarios. Afanosamente hubo de ponerse a estudiar esperanto la policía de seguridad en todas partes. El desconocido genitor de esa idea era un verdadero estadista.

Para las gentes de habla española hay en esto, además del problema de orden interno ya indicado, otro problema de orden internacional. El español es idioma de veinte pueblos distintos, derramados en Asia, Africa, Europa y América: a excepción de España, tales pueblos dan ahora sus primeros pasos en el camino de la civilización, y nadie podrá decirnos hoy cuántos y cuáles de ellos habrán de ser mañana estados poderosos. Echar a perder la unidad del lenguaje escrito sería romper el lazo que ata en un haz a esos núcleos, los cuales gravitan, por razón de intereses comunes, hacia una cooperación gigantesca en lo venidero, que puede ser de vital importancia para todos ellos en lo económico, en lo político y en lo militar, pues los estados modernos propenden a organizarse en confederaciones antagónicas.

Quien contribuye a romper la unidad del idioma, sin advertirlo, hace un daño parecido al de cortar líneas telegráficas, demoler puentes, apagar faros u obstruir el cauce de los ríos navegables. La tarea encomendada a la crítica del lenguaje, que a muchos parece menospreciable, atañe pues a los más altos intereses de la humanidad.

Pero, se dice, ¿será razonable que las ocupadísimas gentes de este siglo (las cuales trabajan poco y estudian menos, digámoslo entre paréntesis), en vez de estudiar cosas productivas, como la mecánica y la química, se pongan a gastar el tiempo en lingüísticas, filologías y monumentos clásicos, no más que para saber si son *esterlinas* o de vellón las palabras y expresiones que ellas conocen y suelen emplear? Nó, eso no es razonable, y no habrá persona de juicio que lo aconseje, entre otras razones, porque los inexpertos anarquizarían la lengua si se pusieran a *hacer* gramática, como *hacen* finanzas, ciencia social y política ferroviaria. Si desean no escribir en papiamento, porque desean que sus escritos sean leídos fuera de la parroquia; si desean evitar gazapos lacayunos y no parecer crudamente provincianos, pueden los inexpertos salir del paso consultando cualquier manual de correcciones de lenguaje, escrito por personas menos ocupadas y más impuestas que ellos en filologías y literaturas clásicas. Deben atenerse a la opinión ajena, porque no están capacitados para formar la propia.

La teoría sobre crítica del lenguaje no es pues artículo de consumo popular; está hecha para los expertos en la materia, y es norma que ellos mismos se imponen con el objeto de desempeñar debidamente su tarea, esto es, con el fin de elaborar bien los diccionarios, gramáticas y manuales que el público solicita y aprovecha. Aquella teoría no se encamina de consiguiente a au-

mentar los deberes que en punto de lenguaje les ha impuesto la naturaleza a los que hablan una lengua, en virtud de necesidades indeclinables; se encamina a contrarrestar el empirismo crítico, que ha hecho graves daños en varias lenguas cultas, o conservando arcaicas anomalías, las cuales no son sino excrecencias restiformes de un desenvolvimiento incompleto, o anulando los esfuerzos que instintivamente suelen hacer las lenguas en busca de nuevos recursos gramaticales, o empujando el uso atropelladamente por caminos aún no bien explorados y llevándolo más allá de donde la naturaleza lo habría llevado.

Ilustremos este punto con dos ejemplos sencillos que tomaremos de dos lenguas extranjeras, porque en ellas podemos todos ser observadores imparciales. Quien compare el anglosajón con el inglés actual, verá los dos extremos de un desenvolvimiento magnífico. Guiado por las leyes idiomáticas y por el buen gusto de sus grandes escritores, el inglés se ha venido haciendo rico, sencillo, flexible y expresivo. Se ha asimilado y ha convertido en sustancia propia suya los aportes que le han llegado de varias procedencias; ha obedecido con docilidad a la ley de *desinonimización*, que es en el lenguaje la ley biológica de especialización de funciones, y ha simplificado su gramática de manera sorprendente. Los verbos regulares se conjugan hoy con sólo tres flexiones (*loving, loved, loves*); los irregulares, con cuatro (*throwing, thrown, throws, threw*), y el más anómalo de todos con siete (*being, been, am, is, are, was, were*). Si se exceptúan el pronombre de tercera persona y sus casos oblicuos, las palabras inglesas no tienen terminación genérica; los adjetivos carecen además de número. Y en tamaña sencillez hay recursos bastantes para que Sha-

kespeare diga lo que en griego no dijeron Sófocles ni Esquilo.

El punto débil del inglés está allí donde lograron prevalecer los maestros de escuela y sus congéneres. Se opusieron ellos a que la escritura fuera amoldándose al movimiento fonético del habla, y resultó de ahí la peor de las ortografías conocidas, pues la escritura continúa representando pronunciaciones que desaparecieron desde ahora siglos. Si los preceptistas creían objetables los cambios fonéticos, debieron combatirlos en oportunidad, y así habrían mirado por la tradición; después de consumados tales cambios, a los preceptistas les cumplía darles paso a las consecuencias, que eran las modificaciones ortográficas, y así habrían respetado los fueros legítimos del neologismo. No hicieron lo último, y en ello estriba el error

Volvamos ahora los ojos a un caso del error contrario. Mientras el alemán anduvo libre de normas artificiales, realizaron progresos magníficos su vocabulario, su sintaxis y su fonética. Formado de palabras naturalmente cortas y admirablemente dóciles a la composición y la derivación, rico en elegancias sintácticas y en dip-tongaciones musicales, en ese idioma escribió Heine estrofas diáfanas, sonoras y esbeltas como copas de cristal. Pero llegó la hora de la *organización científica* (que es contrabando de arbitristas), y los sabios profesores se pusieron a *disciplinar* el idioma, extremando sus tendencias nativas hasta convertirlo en un verdadero acróbata, con lo cual surgió la más rara especie de neologismo desaforado. Se puso de moda emplear vocablos de triple, cuádruple y aun quintuple composición, los cuales quedan con un enorme número de sílabas y parecen sarta de abalorios; se dio en la flor de partir la oración por medio de frases parentéticas larguísimas,

atestadas a veces de citas pedantescas; y la construcción quedó sometida a las más extrañas contorsiones, mediante las cuales el lector tiene que ir recogiendo palabras sueltas para luego ordenarlas y adivinar el acertijo, o tiene que pasar de una página a otra para relacionar la partícula con su verbo o el participio con su auxiliar. Ese alemán de los sabios profesores no tiene con el de Heine ni aun la contrahecha semejanza que debe tener una caricatura. El error consistió en sacar a la lengua de sus costumbres naturales, que eran excelentes, para enseñarle costumbres artificiales, que resultaron desastrosas.

En este particular es insuperable la doctrina del señor Caro: nadie ha expuesto como él ese equilibrio móvil que debe existir entre un tradicionalismo prudente, que conserva la unidad del idioma sin modificarlo, y un neologismo racional, que adapta el vocabulario a las nuevas necesidades, sin anarquizarlo. En la vida del lenguaje, la tradición y el neologismo se oponen completándose, como en la vida de las especies naturales se oponen y se completan la herencia y la adaptación, y como en la vida del organismo individual se oponen y se completan la estructura y el crecimiento. Los opúsculos *Del uso en sus relaciones con el lenguaje* y *Gramática parda*, son estudios admirables de biología idiomática.

TOMÁS O. EASTMAN

